

## OVIDIO

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G.

Acaban de cumplirse los dos mil años del nacimiento de este cantor insuperable del amor, del infortunio, de la naturaleza y de las legendarias tradiciones de Roma. Nació poeta y a componer versos lo impelió la misma ineluctable necesidad que dicen fuerza al errante espíritu de Asverus a vagar incansable por el mundo.

Atacado sin piedad por intérpretes pacatos que buscan en sus obras únicamente el aspecto licencioso y no paran mientes ni en la estremecida emoción que las alienta, ni en las innegables bellezas de forma, ni en los primores del estilo, ni en los aciertos de todo orden que todavía hoy las hacen vivir con la misma palpitante frescura que exhibieron al ser leídas por primera vez, hace muchos años, junto a las calcinadas riberas del Tíber, con frecuencia se les oye tildarlo de ligero, de superficial y de frío; a ello han contribuido, sin duda, algunos de los divulgadores de sus versos quienes, un sí es no es deliberadamente, han acentuado en las traducciones la lascivia y la obscenidad de muchos de sus escritos. Ovidio, poeta al fin, lo que vale decir inspirado vidente, se adelantó a sus detractores y bellamente predijo cómo a sus creaciones les debería una gloria más duradera que a los efímeros caracteres de un sentido epitafio; he aquí sus palabras:

*"Hoc satis in titulo est: etenim maiora libelli,  
Et diuturna magis sunt monumenta mei.  
Quos ego confido, quamvis nocuere, daturos  
Nomen, et auctori tempora longa suo".*

Por ello, con sobrada razón pudo afirmar uno de sus biógrafos; "Vivit enim Ovidius; victurusque semper apud posteros erit".

Téngase de él la idea que se quiera, lo cierto es que la fragancia que emana de su inspiración aún hoy se percibe, así se hayan marchitado para siempre las leyendas que vivificaron sus cantos, o haya revaluado el tiempo la verdad de los acontecimientos históricos. Tierno como Tibulo y apasionado como Propertio, a ambos los supera en erudición, en gracia, en ingenio y sentimiento y constituye con Horacio y con Virgilio el trío inmortal de la dorada época de Augusto.

En una delicada elegía autobiográfica de sus *Tristes*, nos narra Ovidio mucho de su plácida vida: por ella comprendemos cómo nunca podrá olvidar aquel pequeño rincón de los Abruzzos en donde vino al mundo el primer día de una alegre primavera y en el cual con tanta ingenuidad confiesa que

*“Scribere conabar verba soluta modis:  
sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos;  
et quod tentabam dicere, versus erat”.*

“Me esforzaba en escribir sin ningún ritmo, pero el canto por sí mismo se adaptaba a la cadencia y todo lo que decía me resultaba en verso!”.

A esa apacible “Sulmo, gelidis uberrimus undis” de su inquieta niñez, volverá en alas del recuerdo y con orgullo y con amor la añorará en las noches interminables y frías del inhospitalario Ponto Euxino.

De su juventud traviesa y galante provienen los más atrevidos de sus poemas, compuestos en dísticos elegíacos de máxima perfección por la fluidez y la armonía; asistimos en *Los Amores*, canto de elegancia un tanto amanerada y de un crudo naturalismo, pero en cambio de un refinamiento sutil que linda con la perfección, al discurrir de aquella Roma crapulosa, ávida de placeres, sin vallas morales para el pecado, del cual, por otra parte, muy pocas nociones se tenían entonces en las comarcas del Imperio.

No importa sí que la ideal Corina en quien se inspiran estos versos permanezca en la penumbra, ya que no fue ella sola la que motivó con sus encantos los dísticos inmarcesibles del poema. En *Las Heroínas*, cartas apasionadas de mujeres inolvidables a sus esposos o amantes, vivimos la incomprensible tragedia del amor femenino: casto en Penélope; apremiante en Filis; incestuoso en Fedra; apasionado en Hipsipile; celoso en

Dido; ciego en Deyanira; violento, abrasador y resignado y puro en Cánace y Medea, en Laodamia e Hipermnestra.

En *El Arte de Amar* y en *Los Remedios del Amor* sabe descubrir, a la manera de los buscadores de oro en el fangoso limo de nuestros ríos, el metal dorado y rutilante que mañana, convertido en ajorcas de trabajada filigrana, aprisionará las blandas carnes de las mujeres soñadoras; aun allí descubre veneros de idealismo y poesía; aun de allí se desprende como un hálito vagaroso, el aire transparente que solo se respira en las alturas... Nadie será osado a negar, modernamente, que tras el erotismo pecaminoso y desenfadado de los motivos de Angel Montoya vela, con sus ojos anegados en luz, la verdadera poesía; ni es difícil imaginar sobre el cuerpo macerado de Lázaro, el manto de púrpura que oculte a los profanos la dolorosa miseria de las llagas.

Si bien es Virgilio el maestro indudable del exámetro, también supo Publio Ovidio sobresalir en él cuandoquiera que vertió en ese ritmo el caudal desbordado de su inspiración; es inexplicable por ello que para sus maravillosos *Fastos* hubiera escogido la elegía; mas aparte la probable equivocación, cuánta originalidad y qué depurado virtuosismo en la manera de salir airoso con este poema nacional. Ciertamente que antes de él, otros habían intentado algo semejante; ahí están los ensayos de Verrio Flaco y las abstractas y en veces áridas *Antigüedades divinas* de Varrón; empero hacía falta el versátil genio del sulmonense para hallar en el calendario de un pueblo, así fuera el romano, fuente de inspiración: a la historia, a la arqueología, a los ritos sacerdotales, a las supersticiosas creencias del pueblo ignorante, les dedicó aquí Ovidio con el eterno fluír de sus ritmos inspirados, un monumento incommovible y más duradero que los hoy ruinosos vestigios del arco de Trajano, o que las vacilantes columnas del templo de Júpiter Stator. El exultante colorido de las fiestas de Flora, el rapto de Proserpina y la orgullosa dignidad bañada en sangre de Lucrecia, no pudieron expresarse ni con más naturalidad, ni con más fresca vida, ni con más emoción, ni con mayor intensidad artística.

Escala cimas antes no soñadas ni siquiera por sus predecesores griegos, en *Las Metamorfosis*, epopeya en exámetros de las transformaciones: a la admiración de los que gocen la fortuna de leerlo, estarán siempre la facilidad y elegancia con que enlaza mitos diversos y hasta opuestos; la insuperable maes-

tría en el narrar; el fuego en los discursos; la profunda sabiduría de las sentencias, la ingenuidad casi infantil, al acoger como sucesos verdaderos el heterogéneo multiplicarse de las leyendas, en el cual, a la postre, naufragó para siempre la civilización del paganismo.

Imposible señalar lo mejor de esta epopeya; el gusto no conoce fronteras y es él quien debe seleccionar entre tanta magnificencia: al lado de las fábulas de Venus y Adonis, de Dafne y Acteón, no podrán olvidarse jamás la homérica lucha contra los centauros, ni las dolidas quejas de Filemón y Baucis.

Avanzado ya en los cincuenta años y dando todavía un maravilloso ejemplo de rara fecundidad, compone los cinco libros de las *Tristes* y los cuatro de las *Pónticas*, cantos del cisne que presiente su inexorable fin. En ellas, con qué sentidos lamentos recuerda a la esposa ausente; cómo sueña con la ciudad amada que tantas veces lo vio bajo sus pórticos acechar impaciente el paso de las bellas; cuánto considera humillante para su dignidad y su fecundo ingenio, vivir relegado al olvido en aquellas regiones de la Mesia entre los salvajes Getas y los incultos moradores de las riberas del Mar Negro.

Con un piadoso sentimiento de profunda emoción tendrá que repetir la posteridad aquellas elegías clásicas que se inician con los versos inolvidables de:

“Haec mea, si casu miraris, epistola quare...”.  
o de:

“Missus in hanc venio timidi liber exulis urbem...”.  
o esta otra, plácida y sosegada como el tiempo y el paisaje que describe:

“Frigora iam Zephyri minuunt, annoque peracto...”.

---

Quisimos ofrecer una selección, que necesariamente debería ser restringida, de versiones de Ovidio llevadas a término por traductores colombianos; no ha corrido con suerte en nuestra patria, infortunadamente, este eximio representante de las letras latinas. Si se exceptúan ocasionales referencias a algunos de sus libros y hasta la transcripción en la lengua del poeta de varios de sus versos, en autores como Juan de Castellanos, Fernández de Valenzuela, Fray Pedro Simón, Flórez de Ocariz, Do-

mínguez Camargo y uno que otro más, nadie entre nosotros, que sepamos, ha acometido la traducción completa de sus escritos, pero ni siquiera de una sola de sus obras. Quien más ha espigado en el opulento campo ovidiano ha sido, sin duda, don Miguel Antonio Caro; a través de sus elegantes interpretaciones se admiran todas las cualidades del genio de Sulmona. Julián Motta Salas, en sus *Clásicos del Amor* traslada a prosa con fidelidad casi literal, no exenta por ello de galanura y brillantez, varios trozos de *Los Amores* y del *Arte de Amar*. Sorprende sí, el que excelsos traductores como Valencia y Pombo, este último sobre todo que tanto se recreó en Horacio, no hubieran enriquecido el acervo de sus versiones, con las del acongojado cantor de Tome.

He aquí dos traducciones de don Miguel Antonio Caro, de las cuales ofrecemos en latín los dísticos iniciales:

#### AMORES — I — 3

Justa precor: quae me nuper praedata puella est,  
 Aut amet, aut faciat cur ego semper amem.  
 A nimium volui! tantum patiaturs amari;  
 Audierit nostras tot Cytherea preces.

*Es justo mi ruego:  
 Que me haga felice  
 Mi reina, o atice  
 Traviesa mi fuego.*

*Y aun menos la pido:  
 Que esquiva no sea  
 Blanda Citerea  
 Oiga mi gemido!*

*Oh mi luz, mi encanto!  
 No desprecies dura  
 Al que amor te jura  
 Inviolable y santo!*

*Verdad, no poseo  
 Ingente riqueza,  
 Timbres de nobleza,  
 Granjas de recreo.*

*Mas no pobre y solo  
 Me juzgues: camino  
 Con el dios del vino,  
 Las Musas y Apolo.*

*Llevo estos al lado,  
 Y dentro y conmigo  
 El dios enemigo  
 Que a ti me ha entregado.*

*Honradez que brilla  
 Rica sobre el oro,  
 Modestia atesoro,  
 Y verdad sencilla.*

*Esclavo y amante  
 Seré de tí sola:  
 De amor no en la ola  
 Navego inconstante.*

*Mi vida y la tuya  
 Avancen unidas,  
 Y a un tiempo dos vidas  
 La muerte destruya!*

*Permíteme en tanto  
 Cantar mis amores:  
 De tí, tus favores  
 Digno hagan el canto.*

*La virgen que vido  
Su frente enastada;  
La virgen burlada  
Por cisne mentido;*

*La que al cuerno asida  
De albo toro, andaba  
Sobre la onda brava  
De color perdida.*

*Si famosas tanto  
Vencieron la muerte,  
Más que de la suerte,  
Dádiva es del canto.*

*Que vuelen confío  
Yo del mismo modo  
Por el orbe todo  
Tu nombre y el mío.*

AMORES — II — 16

*Pars me Sulmo tenet Paeligni tertia ruris;  
Parva, sed inriguis ora salubris aquis.  
Sol licet admoto tellurem sidere findat  
Et micet Icarii stella proterva canis,  
Arva pererrantur Paeligna liquentibus undis,  
Et viret in tenero fertilis herba solo.*

*Héme pues en Sulmona,  
Nuestro cantón tercero:  
Es reducido; empero  
Salubridad le abona.*

*Rayos del sol ardientes  
No agostan sus verdores:  
En los alrededores  
Bullen alegres fuentes.*

*Trigo aquí se cultiva,  
Que es tierra asaz fecunda;  
Crece la vid, y abunda  
la generosa oliva.*

*Doquier hay agua y sombra,  
Y frescos emparrados;  
Y vístense los prados  
De matizada alfombra.*

*Mas ay! mi amor, presente  
No está... Mi amor? qué digo?  
Sobrado está conmigo,  
Quien le inspira está ausente.*

*En vano alzar el vuelo  
Yo a los astros pudiera:  
Sin mi deidad, me fuera  
Aborrecible el cielo.*

*Perezcan, y el reposo  
No encuentren que dejaron,  
los que surcar osaron  
La tierra y mar undoso!*

*Si evitarlo no es dado,  
Que ley al menos fuese  
Que la beldad partiese  
Del amador al lado!*

*Yo entonces con la mía  
Si hollara el hielo alpino,  
El áspero camino  
De rosas me sería.*

*O bien los arenales  
Del Africa arrostrara;  
O velas desplegara  
Con recios vendavales.*

*No entonces a Malea,  
Aciaga a los viajeros;  
No a Scila, que de fieros  
Mastines se rodea;*

*No a Caribdis, que impía,  
Devora los navíos  
Ni escollos ni bajíos  
Cobarde temería.*

*Si al mar el viento insulta,  
La noche el cielo arropa,  
Y onda insana la popa  
Con sus dioses sepulta;*

*Tú en mis hombros, yo a nado,  
¡Oh dulce carga! a puerto  
Saldré, con rumbo cierto,  
Brïoso y ufanado.*

*Leandro hacia su bella  
Nadaba triunfante:  
Se hundió cuando delante  
Se oscureció su estrella.*

*Vano es pues que desplieguen  
Su follaje las viñas;  
Que en torno las campiñas  
Arroyos claros rieguen.*

*Y su cristal se rompa,  
O manso y lento gire;  
Y céfiro suspire  
Entre la verde pompa.*

*Sin tí, que estoy olvido  
En mi dulce Sulmona;  
Y que este es de Pomona  
País favorecido.*

*Y en la Escitia estar creo  
O en las rocas que ciñe  
El mar, o en las que tiñe  
Sangre de Prometeo.*

*No al olmo desampara  
La vid, que le es querida:  
Ay! a mí de mi vida  
El hado me separa!*

*Por qué culpar al hado?  
Tú por tus ojos bellos  
Jurábasme, y con ellos,  
Siempre estar a mi lado.*

*Leve es el juramento  
De la mujer, cual hoja  
De que al bosque despoja  
Fugaz e inestable viento!*

*Si la piedad, no obstante,  
No del todo perdiste,  
El desamparo triste  
Contempla de tu amante.*

*Monta en carroza luego:  
Con crespas crin, veloces  
Los potros a tus voces,  
Galopen sin sosiego.*

*Vos a los ruegos míos  
Y de ella al paso, oh montes,  
En planos horizontes,  
Que diosa es grande, abríos!*

De Motta Salas y para que se admire la pulcritud de la versión, ofrecemos íntegro este trozo:

## AMORES — II — 11

*Primus ego aspiciam notam de litore puppim,  
Et dicam: "Nostros advehit illa deos,"  
Excipiamque umeris, et multa sine ordine carpam  
Oscula: pro reditu victima vota cadet,  
Inque tori formam molles sternentur harenae,  
Et tumulus mensae quilibet instar erit.  
Illic adposito narrabis multa Lyaeo,  
Paene sit ut mediis obruta navis aquis,  
Dumque ad me properas, neque iniquae tempora noctis  
Nec te praecipites extimuisse Notos.  
Omnia pro veris credam, sint ficta licebit.  
Cur ego non votis blandiar ipse meis?  
Haec mihi quamprimum caelo nitidissimus alto  
Lucifer admissa tempora portet equo!*

“Yo el primero miraré desde la playa tu barco encantado, diciendo: ‘aquella nave trae a nuestros dioses;’ te recibiré en mis brazos y recogeré tus besos dados al azar y sin orden; caerá por tu regreso la víctima ofrecida; se extenderán por el suelo las muelles arenas a manera de lecho y cualquier altozano será como un triclinio para el banquete; allí, al calor de las copas de Baco, me contarás muchas aventuras, me pintarás tu navecilla a punto de sepultarte en medio de las ondas en tanto que venías hacia mí sin temor de la noche caliginosa ni del austro proceloso. Todo lo tomaré por verdadero siquiera sean ficciones. ¿Por qué no he de enternecerme creyendo lo que tanto deseo? Haga llegar el lucero clarísimo que brilla en lo alto del cielo, cuanto antes, ese día venturoso.”

En el mismo volumen, *Clásicos del Amor*, para deleite de quienes gusten de la verdadera poesía, se halla el tierno episodio de Procris

*“Est prope purpureos colles florentis Hymetti  
fons sacer, et viridi cespite mollis humus...”*

que nos muestra, en toda su magnitud, el fresco y versátil numen de Publio Ovidio Nasón.